

SOBRE *WALDEN*, DE HENRY DAVID THOREAU

Walden. Edición ilustrada 200 aniversario.

Henry David Thoreau. Trad. Marcos Nava García.

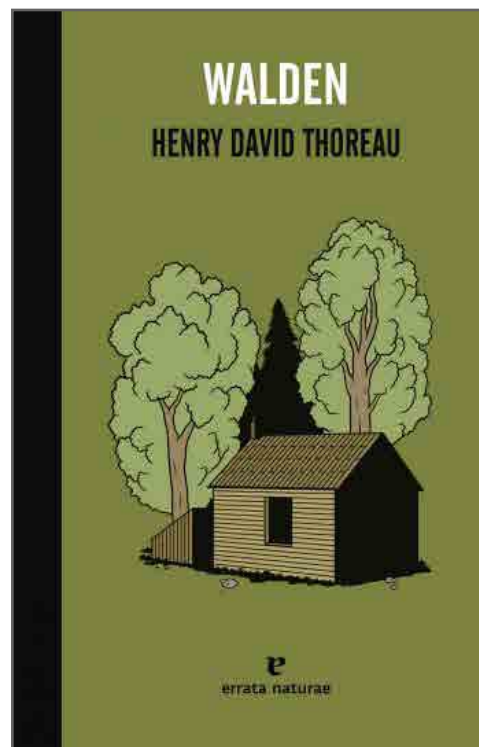
Prolog. Michel Onfray. Ilustr. Michael MacCurdy

Errata naturae, Madrid, 2017.

376 páginas. 18,50 €

Volver a los orígenes, recuperar la esencia de lo que somos. Algunos pueden pensar que llevar a cabo tales prácticas puede ser una renuncia, un fracaso del ser humano para con la vida moderna. Sin embargo, existen personas que ven en ese ejercicio una oportunidad para devolver al propio ser humano a un estado natural mucho más responsable con el entorno en el que vivimos, hasta el punto de devolverle parte de lo que nos ha sido dado y que no hemos sabido valorar (no, al menos, en su totalidad).

Somos seres constructivos, pero también, qué duda cabe, destructivos. Nuestro afán por conquistar espacios, transformarlos a nuestro antojo, manipularlos hasta el punto de no reconocerlos, es una



constante. La historia de las civilizaciones es una historia plagada de llantos y añoranzas, de caos y miserias. Largas han sido y serán las filas de muertos, de pueblos perseguidos y gentes desterradas. Es por ello que muchos han hecho un llamamiento a la razón, a fijarse



en esos pequeños detalles que nos permiten salvaguardar las características que nos definen como humanos, esas costumbres y tradiciones fundamentadas principalmente en el respeto y cuidado por esa naturaleza que nos ha dado todo a cambio de prácticamente nada.

La razón de la que hablamos es una razón basada en la capacidad de la conciencia individual, una vía intuitiva que no precisa de milagros, jerarquías religiosas ni mediaciones para entender o intentar profundizar en aquellos errores que nos impiden esa convivencia deseada con nuestros semejantes y nuestra tierra, con nuestra esencia en definitiva. En términos trascendentalistas, o más bien en palabras de Ralph Waldo Emerson, gran representante del Trascendentalismo norteamericano, lo que se precisa es «una relación original con el universo». Relación que un gran amigo suyo, como fue Henry David Thoreau, logró concretar a través de la naturaleza, entendida ésta como un cosmos en el que existimos y que debemos valorar por encima de todo.

Para Thoreau, la naturaleza es un fin en sí misma y no un medio para lograr algo más que ella. Ese ideal queda perfectamente reflejado en una obra que ha pasado a la posteridad por ser una de las declaraciones más impactantes sobre la vida libre y salvaje, esa vida que debe entenderse alejada de las restricciones de cualquier cultura y sociedad humana, de su control e incongruencia, de su confusión y obsolescencia. Me refiero, cómo no, a *Walden*, que publicó en 1854 y en el que propone una especie de manual para la buena vida, esto es, basado en la búsqueda de la riqueza espiritual del ser humano y en la felicidad de éste como objetivo primario y fundamental.

En este 2017, con motivo del bicentenario de su nacimiento, numerosas publicaciones «recuperan» la figura del que muchos consideran como el padre fundador de la ecología. Entre ellas destaca la reedición de su obra más relevante junto a *La desobediencia civil*, como es la ya mencionada *Walden*, y que el sello editorial madrileño **errata naturae** ha publicado con prólogo



firmado por el filósofo francés Michel Onfray e ilustraciones de Michael MacCurdy. La reaparición de este ensayo nos permite adentrarnos nuevamente en el pensamiento de Thoreau, un pensamiento de esos campos y bosques en los que se sentía «absolutamente libre de toda atadura mundana», como bien escribe **Robert Richardson**, biógrafo del autor de Concord, Massachusetts.

Si algo destaca de este libro, además de las ideas del propio Thoreau, es el proemio de Onfray, pues sirve de perfecta introducción al cuestionamiento radical y directo que en su día presentara el autor y filósofo americano. Onfray nos presenta a un Thoreau que define como «spinocista», cuyo trascendentalismo, a diferencia de su querido Emerson, no es «una cuestión de libros, sino una oportunidad existencial». Dicho de otro modo, Thoreau abogaba por la participación directa, por su implicación en la naturaleza. Tanto es así, que Onfray llega a decirnos que «Thoreau quiere quedarse en el mundo, quiere gozar de la natura-

leza aquí y ahora, corporal y físicamente». La pregunta que cabría plantearse ahora sería cómo lograrlo, cómo gozar de una naturaleza que cada vez ignoramos más, que menospreciamos, y cuya gestión por parte de los seres humanos la aboca hacia la destrucción, algo que raya la estupidez pues, como dijo **Tolstói**, «nuestros propios cuerpos son naturaleza». Algo semejante debía pensar Thoreau cuando practicó la meditación ante la naturaleza o los paisajes, meditación que conduce irremediabilmente a una simplificación de la vida, tal y como él mismo propuso en *Walden*.

Es en los pequeños lugares, aquéllos ajenos al mundanal ruido propio de las ciudades, donde apreciamos verdaderamente la grandeza de la naturaleza y donde somos conscientes de la complicidad que alcanza todo ser humano con sus semejantes. En su célebre ensayo, Thoreau no comparte ningún concepto, ningún personaje conceptual, sino una reflexión sobre las condiciones de posibilidad de una experiencia vital alejada de la mezquindad humana. Dicho de



otro modo, lo que propone es una ruta, o una invitación a replantearse la vida, una vida austera en la que prima el amor por lo sencillo. Según Onfray, Thoreau propone una «medicina eupéptica», esto es, «una medicina para generar bienestar y felicidad y alejar maldad y dolor». Como deja bien claro en *Walden*, y remarca el filósofo francés en su prólogo, Thoreau rechaza la vida mezquina, esto es una vida orientada hacia valores falsos como son: el dinero, los honores, el poder, las riquezas, la propiedad, la reputación... Valores, todos ellos, que identificamos mediante conceptos que previamente hemos creado a través del lenguaje, algo de lo que ya se hizo eco el alemán Friedrich Nietzsche. En otras palabras, todo es una metáfora, una construcción ideada por nosotros mismos y que, siguiendo las ideas de Thoreau, debemos abandonar para alcanzar ese bienestar espiritual.

Aunque no sea sencillo en apariencia, lo que propone Thoreau a través de *Walden* es liberarnos de ese yugo de los convencionalismos y directrices. El estadounidense comparte una inquietud o

preocupación sobre el sentido de no pertenencia a la vida, es decir, de que la vida no nos pertenece, de que estamos presos por un sistema político, económico y social que en realidad no nos representa. De ahí que insista: nada de codiciar, comprar, poseer, consumir, sustituir. Nada de apariencias, mundanidad, cháchara... En definitiva, simplificar, simplificar y simplificar. Él mismo expresó que, «*Walden* es un libro escrito para esa mayoría de hombres que está descontenta con su vida y con los tiempos que le ha tocado vivir, pero que podría mejorarlos. Y también para aquéllos en apariencia ricos, pero que en realidad han acumulado cosas inútiles y no saben muy bien qué hacer con ellas». En este sentido, de este libro uno puede extraer unos principios de vida, si bien, para Onfray, *Walden* contiene una utopía política, cosa que es cierta si tenemos en cuenta que lo que plantea Thoreau es un cuestionamiento radical y directo de la institución del trabajo como adocenamiento y del mercado como único dios, al tiempo que define una lúcida defensa de la simplificación de la vida y del camino que nos lleva



a perseguir su esencia y sus placeres cotidianos.

Walden es una reflexión sobre la necesidad de preservar tanto la naturaleza y el planeta como el meollo de nuestra propia existencia individual e irreductible, es una invitación al prójimo a que cambie para así cambiar el transcurso de una realidad que muchos consideramos una cosa extravagante y que se tambalea, que está dañada y que necesita repensarse para evitar que se marchite. *Walden* es, por tanto, un proyecto de vida solitaria pero que no evita la confrontación con ese mundo que está plagado de servidumbre y de renunciaciones. Pocos libros como éste han sido escritos con tanto fervor hacia la vida libre y salvaje, entendida ésta como la comprensión e importancia de los recursos que nos brinda la naturaleza, sus reglas y recompensas y que nos conducen hacia la felicidad, única riqueza del ser humano en un mundo que sigue en crisis, un mundo herido y autodestructivo, aunque palpitante de vida y de posibilidades, como bien sabía Henry David Thoreau al describir esas lagunas salvajes y montañas

de Nueva Inglaterra, esa belleza del fuego hogareño, el silbido del viento, el recóndito ulular del búho o el bienestar de unos animales que han vivido y viven estableciendo relaciones metafóricas entre ellos, pues son criaturas que viven en armonía con su entorno. No es de extrañar que los Pies Negros (*blackfoot*) concibieran el mundo natural en términos de asombro y misterio, como no es de extrañar que el propio Thoreau experimentara ese mismo asombro durante su, ahora célebre, estancia en esa cabaña construida por él mismo cercana al lago Walden. Estancia, viaje o experimento, en el que se dio cuenta de que la naturaleza es capaz de soportar un orden del entendimiento para afirmar los cimientos de una experiencia vital verdadera. Y a pesar de que llega a afirmar que no sabemos dónde estamos, se muestra esperanzado al concluir que «el amanecer sigue aún su curso», un amanecer, insisto, que Thoreau considera es posible a través de la sabiduría que encontramos en los hechos más esenciales de la vida.

Eric Gras

Periodista cultural

